Año XII. Lúnes 6 Junio de 1870. Núm. 373.

ECO DE EUTERPE.

PERIÓDICO RECREATIVO

que se publica exclusivamente en obsequio á los señores que concurren á las funciones de la sociedad coral de EUTERPE.

1.er CONCIERTO MATUTINAL.

Sociedad coral de Euterpe. DIRECTOR D. JOSÉ ANSELMO CLAVÉ.

PROGRAMA.

Orquesta, 45 Profesores. DIRECTOR D. FRANCISCO PORCELL.

PRIMERA PARTE.

Sinfonía.	LA NEIGE.	de Auber.
Pastorel-la á voces solas. . . .	LAS FLORS DE MAIG.	de Clavé.
Sinfonía.	LE TROMPETTE.	de Bazin.
Caramellas á voces solas. . . .	PASQUA FLORIDA.	de Clavé.
Rigodon descriptivo coreado. . .	UNA FONTADA.	del mismo.

SEGUNDA PARTE.

Coro á voces solas.	LOS XIQUETS DE VALLS.	de Clavé.
Fantasía española.	LA CORDOBESA.	de Porcell.
Coro á voces solas..	PEL JUNY LA FALS AL PUNY. . . .	de Clavé
Marcha indiana á orquesta y banda de la ópera.	LA AFRICANA.	de Meyerbeer.
Gran coro descriptivo acompañado de orquesta y banda. . .	LA REVOLUCION.	de Clavé.

EL LABRADOR.

El labrador es el rey de la naturaleza; pero el esclavo de la sociedad. Los cielos ofrecen rocío á su obra, el sol la facunda, el aire la conserva, la tierra la alimenta, las estrellas velan sus noches, y todos los ecos de la creacion son cantares que, ó celebran su nacimiento ó lloran su muerte. Todos los gérmenes de vida, que el aliento del Creador esparció en los espacios, como semilla eterna de los séres, se fecundan y brotan, y crecen al soplo del labrador. De suerte que sus brazos, son como el instrumento de que Dios se vale para perfeccionar la naturaleza.

¡Qué hermoso es, cuando el cielo se esmalta con ese azul riente de la primavera, y la tierra comienza á dar el jugo de su savía á los árboles, ver desde la humilde cabaña, ni envidiado, ni envidioso, las primeras blancas y rojas flores que da el almendro, las primeras mariposas que rompen su capullo, y se bañan en suaves aromas, siendo el pétalo viviente de las flores; la primer golondrina, que cansada de su larga travesía, se posa en la cúspide del campanario, como atraida por un ciego sentimiento religioso; y de esta suerte es el alma como relámpago de la luz increada, como eterno eco de las armonías de la creacion, y vive con la vida universal, que desciende á raudales de los cielos!

El labrador ofrece á la sociedad los tributos de la naturaleza. Suya es la vela que el marinero estiende para aprisionar los vientos; suya la seda en que se envuelve el magnate; suyo el blanco lino que viste el niño en su cuna; suyos son todos los velos con que se resguarda el cuerpo de la inclemencia de los elementos, porque es como el mediador entre Dios y la naturaleza, entre la naturaleza y el hombre. Y cuando la estacion de las lluvias viene, arroja el trigo en la tierra, depositando en él todas sus esperanzas, que reverdecen al verlo brotar, hasta que el sol del estío lo dora, y entonces cuidadoso lo recoge con deleitosísimo afan, y alimenta á infinitos séres, pues sus manos, siempre avaras de los tesoros de su vida divina, la reparten entre los hombres.

Y sin embargo, pobre obrero de Dios, que así contribuyes á realizar sus fines, que recojes en tus manos su rocío, que llevas las fuentes de la vida á los labios de todos los hombres; ¿cómo no se han ocupado los hombres de tu suerte? Los mismos que visten esa seda, que sin tí nunca se viera tegida; los mismos que te deben esos ricos alimentos, te menosprecian, te olvidan. Cuando una jóven del gran mundo, marchita entre los rizos de sus cabellos una flor, no se acuerda del pobre que la arrancó á la tierra consagrándola cuidados inmensos, poniendo en ella todos sus pensamientos, para que el sol no pudiera abrasarla, ni desvanecerla el viento, ni ahogarla en sus torrentes la lluvia, ni roerla los insectos; y cuando seca y deshojada la arroja de sí, ignora que las lágrimas del pobre labrador acaso se mezclarian en aquel cáliz con las lágrimas del rocío.

¡Y si fuera solo esto! El labrador no se cura del mundo: trabaja porque trabaja, como el ruiseñor canta, sin saber si sus cantares se perderán en los aires, ó irán á regalar con sus acentos enamorados corazones.

El labrador, al borde de su era, rodeado de sus mieses, bajo un árbol, que plantó su padre, y que deja caer sobre él las ramas, ofreciéndole regalados frutos; recostado en el lomo de uno de sus bueyes que uncidos le miran sumisos como si se apercibiesen al trabajo; viendo cruzar por los aires la blanca paloma á quien presta asilo, y sestear á sus plantas los corderillos que apacientan; entonando al par cantares melancólicos, que se parecen al ruido de las hojas secas en el otoño; es un artista de la naturaleza.

¿Qué pintor trazó jamás una flor como la flor del almendro, que parece copo de nieve dorado por los rayos del sol poniente? ¿Qué poeta sacó jamás á su arpa sones tan melodiosos como esos cantos populares que al caer la tarde, cuando la campana de la oracion saluda á los nacientes astros, levantan al cielo perfumados en el amor divino los pobres labradores? ¿Dónde hay un cuadro mas bello que una de esas campiñas meridionales, arregladas por el trabajo del pobre labrador, en que las vides se estienden, formando verdes alfombras por los suelos, y se levantan el sombrío olivo, y el limonero y el naranjo cargados de frutos de oro y flores de plata, que, como pebeteros orientales, llenan de aromas los aires, y sobre tantos árboles de vario verde matizados se eleva la palmera, destacándose su orgullosa corona en el azul del firmamento?

Pero como el poeta en estos tristísimos tiempos, el trabajador lucha con la sociedad y la naturaleza. La quinta le arranca sus hijos, la usura sus frutos. Su trabajo se pierde en lo vacío. Cuando apenas ha recogido las primicias del cielo, el fisco estiende sobre él su despiadada mano. Ni siquiera conoce una asociacion que le alivie en su trabajo, y que le sustente en sus dolores. Tal es su triste suerte.

Pero no te desconsueles, ¡pobre labrador! Vendrán dias mejores en que la Democracia matará la usura dándote bancos agrícolas, para libertarte de su oprobiosa servidumbre; el Derecho, resplandeciendo como una estrella sobre tu frente, endulzará tus dias; la Asociacion te proporcionará máquinas que te ayuden á dominar la naturaleza; la Libertad lejos de arrancarte tus productos, te hará reproducir con creces y largueza tus tributos, no consagrándolos á

comprar voluntades á los tiranos; y tu alma entonces se cernerá gozosa sobre los campos, como las mariposas sobre las flores.

. . . . . .

EMILIO CASTELAR.

SOMBRA DEL PASADO.

Á LAS CÓRTES CONSTITUYENTES DE ESPAÑA, CONTRA LA PENA DE MUERTE.

I.

No hay piedad para el culpable,
la justicia ha de ser fuerte;
hoy mismo le dará muerte
su cuchilla inexorable.

A presenciar la tortura
van, con febril impaciencia,
el niño, todo inocencia,
la mujer, toda ternura.

Y llena, como en funciones
en que gozar es costumbre,
bulliciosa muchedumbre
las calles y los balcones.

Un pueblo civilizado,
en su ceguedad, no ha visto
que no es aquel hombre, es Cristo
el nuevo sacrificado.

Pues, bajo cruz afrentosa,
es su celeste doctrina,
y no el reo quien camina
por la via dolorosa.

II.

Tu falaz deber cumplido,
sígueme justicia humana;
contemplemos el mañana
en un hogar afligido.

Escucha, aunque mal te cuadre,
la voz de esas dos mujeres:
—«¿Quién eres tú?—Y tú ¿quién eres?
—Yo, la esposa.—Yo, la madre.

«Y los que al veros temblaron
»con lloro y ayes prolijos,
»son los huérfanos, los hijos
»del que ayer ajusticiaron.»

Hambre, sed, duelo profundo;
y aun el horror de las gentes,
á esos pobres inocentes
les seguirán por el mundo.

Mas teme que cuando creas
de tí al mundo satisfecho,
diciendo:—«Soy el Derecho,»
él diga —«¡Maldito seas!»

III.

Dura ley que al cielo ultrajas
echando á otro sér tu yugo,
y de hombre le haces verdugo,
y hasta el mónstruo le rebajas.

Promulgada tú no fuiste
cuando lo fué la Ley Nueva;
tambien éste una cruz lleva,
la cruz de su oficio triste.

Y su familia, á quien ama,
paciente, como él, se inmola,
y vive, cual pária, sola:
su propio nombre la infama.

La historia y los pueblos gimen,
y tu error condenan ciego
Juana d'Arc, Padilla y Riego...
todos, la virtud y el crímen.

Que todo lo has profanado
con tu mano parricida;
el misterio de la vida,
de Dios el poder sagrado.

IV.

Sé caridad, no venganza,
y gloria tendrás no poca,
si una lágrima el fiel toca
de tu severa balanza.

Mucho contra mi promesa
¡ay! pesa el delito grave;
pero no importa, ¡quién sabe
lo que una lágrima pesa!

Estéril es el tormento
que cuerpo y alma desune;
no queda el culpable impune,
le queda el remordimiento.

Mas en la noche en que gira
de estos séres el destino,
hay un átomo divino
que siempre á la luz aspira.

Dolor y oracion el velo
rasguen de esta noche oscura;
que á la mas vil criatura
se abran las puertas del cielo.

V.

No por débil, llegue apenas
mi súplica á vuestro oido;
yo la voz he recogido
de todas las almas buenas.

Y para que España, ejemplo
sea peregrino y santo,
os lo repite mi canto
en vuestro sublime templo.

El pueblo, rey de los reyes,
á engrandecerla os convida;
que corra un soplo de vida
por el libro de las leyes.

De suspiradas edades
ya el grito próximo zumba:
¡Caiga el cadalso en la tumba
de las viejas sociedades!

Y den inmortal aureola
las sociedades cristianas,
á las Córtes soberanas
de la nacion española.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

MIL Y UNA ANÉCDOTAS MUSICALES.

CXXXV.

La Misa de Rossini.

A propósito de esta célebre misa, estrenada el 28 de Febrero de 1869 en el Teatro de la ópera Italiana de París y cantada há cortos dias en nuestro Liceo, se cuenta la siguiente anécdota:

—¿En dónde estuvo V. anoche? preguntaba un fabricante á un filarmónico.

—Asistí á una nueva misa solemne.

—¿En San Jaime?

—No; en el Liceo.

—¿Una misa de noche y en un teatro?

—De noche, y en un templo del Arte. El dios se llama Rossini.

—Efectos de la libertad religiosa. Hé aquí un nuevo culto que no dejará de tener sus fanáticos como todos los demás cultos.

CXXXVI.

Un turco en un concierto.

Se daba concierto en el Circo de Marsella. La orquesta habia tocado la última pieza de la primera parte.

Un concurrente que estaba sentado junto á un turco le preguntó que le habia gustado mas hasta aquel momento.

—La primera pieza, respondió el sectario de Mahoma.

—¿La overtura?

—Antes de la overtura: la primera pieza.

—¿Antes de la overtura? se decia el francés; si no se ha tocado otra cosa... ¿á qué hará referencia ese hombre?

Y mientras se devanaba los sesos para descifrar el enigma, pasó el cuarto de hora de intermedio, los profesores ocuparon de nuevo sus sitios en la orquesta y empezaron á acordar los instrumentos para la segunda parte del concierto.

—¡Esta, esta es la pieza de mi gusto! esclamó el turco lleno de gozo.

Los sonidos discordantes que produce la afinacion de los instrumentos era lo que habia considerado el turco la primera y la mejor pieza del concierto.

CANTARES.

En el fondo de los mares
dicen que se crian perlas,
y yo digo al verte á tí
que se crian en la tierra.

Las lágrimas que tú viertes
yo las quisiera beber
solo por ver si calmaban
de mi amor la ardiente sed.

Si veinte veces naciera
las veinte veces te amara;
mira si yo te querré
de veras con vida y alma.

MANUEL CASTELLANO.

Barcelona 1859.—Imprenta de Ramires y C.ª pasaje de Escudillers, núm. 4.